

Semblanza breve de una larga, fecunda y arrebatada vida: P. Victoriano G. Manzanedo

Si Rilke pedía a Dios que diera a cada uno su muerte “propia”, al P. Manzanedo, que se propuso “cantar las misericordias del Señor y anunciar su fidelidad por todas las edades”, Dios no quiso hurtarle esa gracia. Se fue al alba, el pasado 15 de abril; y

lo hizo de puntillas, sin más enfermedad que el peso de los días. Frisaba los 97 años. Murió sin agonía, a golpe de corazón. Como había vivido.

Los últimos 5 años, en los que la rotura de cadera le tuvo amarrado a la silla de ruedas, no le postraron existencialmente como a la mayoría de los de su edad, ni le impidieron seguir trabajando en lo más suyo: el estudio, la música, la escritura, la caligrafía. Solo echaba en falta el apostolado directo.



Su funeral fue también el “propio” de un genuino redentorista como él, que vivió en olor de multitudes gran parte de su vida americana, pero que el atardecer le llevó, más *nolís que velis* a la soledad sonora del convento astorgano.

Liturgia muy digna la de su entierro, cantos muy pascuales, bonita

homilía del Provincial, presencia significada del Vicario episcopal, la comunidad de Astorga al pleno, algún cohermano venido de Vigo o Pamplona...; todo muy bien, pero ¡ lejos del calor de sus gentes tachirenses, y más lejos aún del color con que a él le gustaba revestir tantos funerales caseros como celebró en su vida: profusión de signos, canto arrebatado, verbo encendido... y todo muy de prisa y con poco incienso. Es de suponer que las gentes maragatas que asistieron a su entierro eran las habituales de la misa de 12; y es lógico, el P. Manzanedo era en perfecto desconocido en la ciudad, y los devotos de esta franciscana iglesia ya deben estar cansados de funerales; llevan 7 en menos de 1 año, 8 con el reciente del P. Varona. Tampoco hubo familiares y no porque no los tuviera o por desafecto entre ellos, sino por la dificultad de localizarlos oportunamente y, sobre todo, porque los sobrinos de un finado que fue el último o penúltimo de una saga de ¡17 hermanos! (y tres allegados más), no le andaban a la zaga en edad y le sobrepasaban en achaques.

Como punto de arranque, de cara al perfil humano y religioso que se me pide de él, decir que su tesis doctoral sobre “Ministerio y Carisma según el Vaticano II” no podía estar más fundada in re; es pública voz y fama, entre quienes lo conocimos y convivimos con él, que Dios fue pródigo sobremanera con nuestro hermano en cuanto a la cosa del carisma: precocidad intelectual, salud a prueba de bomba, intuición y perspicacia, capacidad ilimitada de trabajo, empeño a ultranza en todo lo que emprendía, inteligencia preclara, memoria privilegiada, arrebatado celo pastoral, don de lenguas muertas (y aún de vivas); habilidades manuales y artísticas de todo género...

No menos oceánicos fueron sus ministerios: profesor de latín, castellano y solfeo en el Espino; y en Servitá, profesor de

literatura, retórica, además de caligrafía. Desde Bucaramanga publicó sus primeros cantorales manuscritos, y nada menos que 16 cuadernos de caligrafía que abarcaban “del Palote a la Rotulación”, y pasaban de la letra inglesa a la gótica, y de la cursiva a la redondilla artística; un tris faltó para que el Gobierno de Colombia los implantara oficialmente en las escuelas del país.

En años posteriores, además de superior en Barranquilla, párroco en Quindío, y misionero de muchas veredas colombianas, el Padre hizo sus pinitos como arquitecto e ingeniero y se atrevió con la difícil reforma del Camarín del Milagroso de Buga, y escaleras y tabicado de paredes del gran estudiantado de Suba.

Seis largos años los pasó en Roma como director del Orbis, tiempo que aprovechó también para sacarse la licenciatura y el doctorado en Moral y subsanar su economía personal con trabajos pastorales extra. En Madrid fungió algún tiempo como Secretario del ISCM.

Incorporado a la Viceprovincia de Venezuela, lo hizo en primera instancia como vicario de la parroquia de Carvajal y Campo Alegre; luego como Misionero en Mérida y, finalmente, 11 años seguidos como párroco de cerca de 60.000 almas en la popular Cuesta del Trapiche de san Cristóbal del Táchira; trabajo intenso e inmenso que supo conjugar admirablemente con clases de Teología Moral, Cristología, Eclesiología, Salmos y Sinópticos en el Seminario Mayor de Santo Tomás de Aquino.

Los últimos años de su vida en Venezuela los pasó en la comunidad de san Cristóbal dedicado en cuerpo y alma a las misas y novenarios de difuntos. Fruto de su experiencia pastoral en este campo es su libro “Pastoral de la Esperanza” que tanto éxito ha tenido y sigue teniendo. Precedió al Ritual de Exequias y, en algún aspecto, lo supera.

Estos múltiples dones y carismas se los dio Dios *ab ovo* ya que, según nos dice en su autobiografía manuscrita, “antes de cumplir los seis años ya había aprendido a leer, y escribía pulcramente; sabía muy bien la tabla de multiplicar, las cuatro operaciones, y el sistema métrico decimal”. Tan sobrado iba en matemáticas y letras, que en estos campos dice que “no aprendió nada que no supiera en el pueblo”. Algo más le costaron las lenguas muertas, y más las vivas, pero su particular método de “atender, apuntar y preguntar” le llevó en volandas a la excelencia de ser “el único que en segundo curso sacó sobresaliente in utroque”. No es de extrañar que en sus misiones venezolanas no se dignara perder el tiempo con los pastores protestantes de turno en discusiones bíblicas de lana caprina, si los contendientes no partían del texto original: el hebreo para el AT, el griego de la koiné para el Nuevo y, en todo caso, el francés si la Biblia escogida era la de Jerusalén. Para que no se le subieran los humos a la cabeza y se despeñara vocacionalmente, el P. Somohado le confesaría un día: “a usted

en el Jovenado le quitamos muchos premios y muchos sobresalientes para que no perdiera la vocación”. Y no sólo no la perdió, sino que la afianzó sobre roca en el Noviciado de Nava con al santo P. Cavero; de modo que, limpio de polvo y paja, el hermano Manzanedo pudo darle sin duelo en el estudiantado de Astorga a los “juicios sintéticos a priori” de Kant con el P. Franco, hasta que otro Franco, más caudillo, les llamó a él y a los demás kantianos de su edad, a cargar con el mosquete e irse a hacer patria por el Alto de los Leones y Sierra de Guadarrama. “Cautivo y desarmado el ejército rojo” se reintegró al estudiantado, con doce de los suyos, como otro Cid Campeador, presidiendo ahora la Academia de Liturgia, dando clases de caligrafía a sus propios compañeros y coqueteando con la poesía pura de los Panero. De todos es sabido que su soneto “a una rosa”, hasta el propio Gerardo Diego confesó que le hubiera gustado poner debajo su firma; años después, siendo el P. Manzanedo profesor en El Espino de “Sintaxis, Métrica y Estilística”, un osado jovenista retórico hizo lo propio con la mismísima “palmera” de D. Gerardo, sin que la palmera supiera que era plagio “porque era niña”, pero sin que tampoco lo supiera el profesor de literatura porque debía ser un poco bodoque. Fue el olfato literario del P. Manzanedo quien levantó la liebre al verla publicada con letras de molde en la revista “Espino” y firmada por “un tal Blázquez”. Las malas lenguas dicen que la palmera de marras no logró de nota más que un aprobado raspado. ¡Lástima que el P. Manzanedo en sus años de gloria se decantara por la Apologética más que por la poesía!

Todas estas cosas tan sabrosas y muchas más, las cuenta el P. Manzanedo en la autobiografía que dejara manuscrita al final de sus días; y las cuenta con pelos y señales, y con la misma letra, impecable y preciosista, de sus años mozos. Sin que le tiemble el pulso en una coma o en una tilde. Genio y figura hasta la sepultura. Ya lo dice él en su tesis: los carismas que Dios da, los da ab ovo, nunc, et semper. Un hombre “carismático”, lleno de dones, que murió de pie y con las botas puestas.

El único don que le fue un tanto esquivo, según sus críticos, y que trajo a mal traer a no pocos de sus legítimos superiores y al ordinario del lugar, fue el carisma de la sindéresis, que unos traducían en escaso discernimiento en algunos asuntos no banales y otros en falta de prudencia pastoral; verdad o cochina envidia, poco importa; en todo caso, no opacaron ni al hombre ni al apóstol; solo lo hicieron humano.

Descanse en paz quien nunca se permitió descansar en esta vida. Bien merecido lo tiene.

Miguel F. Garmón